

más, porque le quiero infinito, no tanto por lo que me sirve en mis estudios y negocios cuanto por su buen natural, su modestia y demás cualidades.»

Para conocer el carácter y bondad de Cicerón y de su siervo, es necesario leer las cartas que le escribía. Desde que le dejó en Patraso no se pasó ocasión de navíos ó viajantes sin que le escribiese; hubo día en que le dirigió dos y tres cartas, y algunas veces enviaba mensajeros sin más fin que informarse de su salud. Pero veamos la primera de sus cartas, que bastará para juzgar de las demás.

*M. T. Cicerón á Tirón:*

«No creía que me costase tanto verme sin ti; mas ya experimento que me es inaguantable tu ausencia. El honor me obliga á llegar á Roma cuanto más presto, y, sin embargo, me parece que hice mal en venirme. Como te vi tan determinado á no embarcarte hasta recobrar la salud, condescendí y aprobé tu resolución, y aun ahora la apruebo si no te hallas en estado de variarla. Pero si luego que hayas empezado á alimentarte vieses que me puedes seguir, dejo á tu arbitrio el hacerlo.»

«Te envío á Marión para que te acompañe en caso de que puedas venir, y si no, lleva orden de volverse luego solo. Vive persuadido de que deseo con ansia verte en mi compañía, si es posible lograrlo sin perjuicio de tu salud; pero si ésta pide absolutamente que estés aún más tiempo en Patraso para convalecer, hazlo así, pues ninguna cosa me interesa tanto como verte bueno. Si te embarcares sin detención podrás alcanzarme en Leucadia; pero si necesitas de más tiempo para fortalecerte, tendrás cuidado, cuando partas, de escoger un buen navío y buen tiempo, con la mejor compañía que halles.»

«Si me amas, Tirón mío, no precipites tu viaje por la llegada de Marión ni por lo que te digo en esta carta.

Haz lo que más convenga á tu salud, en la seguridad de que esto es lo que yo quiero. Tu discreción te debe gobernar, pues por mucho que te necesite, es más lo que te amo. La falta que me haces me estimula á desear tenerte conmigo, y el amor á que sea con salud, y esto es lo que más importa. Procura, pues, restablecerla, en el supuesto de que éste será el servicio más agradable que me puedas hacer.»

El honor que dice le llamaba á Roma era el del triunfo que sus amigos le exhortaban á pretender por las dos victorias de Amano y Pindemio, sobre lo que consultó á Ático, y le encargó examinase si en el estado en que se hallaban las cosas de la República podría pensar en pretender el triunfo, como se lo aconsejaban sus amigos. Asegura que no tendría dificultad en renunciar á él como Bibulo no lo pretendiese, pues mientras hubo enemigos más acá del Eufrates se estuvo encerrado en Antioquía, como se encerró en su casa durante su consulado: en vista de lo cual sería una vergüenza que él no hiciese alguna tentativa.

En otra carta le dice: «En cuanto al triunfo, yo no le deseo sino porque Bibulo ha logrado con su carta, llena de falsedades, una magnífica acción de gracias. Si hubiera hecho verdaderamente las cosas de que se jacta, yo sería el primero en ayudarle en su pretensión; pero que por estarse encerrado en Antioquía mientras hubo enemigos en el país se le haya de conceder un honor, y que yo no le pretenda cuando mi ejército fué quien defendió y aseguró el suyo, digo que sería una vergüenza para mí y para ti, por lo que estoy resuelto á poner todos los medios posibles, y no desconfío de conseguir mi intento».

Según la idea tan despreciable que Cicerón nos da de la conducta de Bíbulo en Siria, no se concibe que se diesen gracias á los dioses por sus hazañas, ni que tu-

viese valor de aspirar al triunfo; pero conviene saber que si él por sí no había hecho nada, su teniente Casio, en ausencia suya, había derrotado á los Partos, y los éxitos de los subalternos se atribuían siempre á los auspicios de los generales, para quienes eran toda la gloria y las recompensas. A esto se juntaba que como los Partos eran los enemigos más temidos en Roma, especialmente después de la desgraciada expedición de Craso, cualquiera ventaja que se conseguía contra ellos, por pequeña que fuese, era recibida en Roma con aclamaciones extraordinarias y ensalzaba sobremanera al vencedor.

Cuando un procónsul volvía de su provincia con pretensión de triunfar, traía sus fasces entreteljidas de laurel. Cicerón desembarcó en Brindis el 16 de Noviembre con esta señal de sus esperanzas. Terencia, su mujer, llegó al mismo tiempo, y se encontraron y abrazaron en medio de la plaza. Desde Brindis se dirigió á Roma á pequeñas jornadas, conferenciando con sus amigos, que de todas partes le salían al encuentro, tanto de un partido como del otro. Pronto conoció las disposiciones generales, que eran las que él más temía, esto es, una inclinación declarada en todos por la guerra. Como él miraba este negocio con más moderación y sangre fría, se propuso emplear todo su cuidado en ver si podía conciliar la paz. Hasta entonces no se había declarado por ningún partido, aunque en su corazón estaba resuelto á seguir el de Pompeyo, por más que veía grandes dificultades en arreglar su conducta, queriendo evitar el mezclarse en los decretos que se preparaban contra César para quitarle el mando y obligarle á despedir sus tropas, bajo pena de ser declarado enemigo público. Su proyecto era manifestar por algún tiempo las apariencias de neutral para hacer con más esperanza y acierto el oficio de mediador.

Con esta idea procuró tener el 10 de Diciembre una conferencia con Pompeyo, de la cual dió al instante cuenta á Ático en estos términos: «Hemos estado juntos dos horas y ha mostrado la mayor satisfacción al verme de vuelta. Exhortándome á que pida el triunfo, me ha prometido ayudarme con todo su crédito; pero es de opinión de que yo no vaya al Senado hasta después de haberle conseguido, porque teme que con algún voto pueda ofender á alguno de los tribunos. En una palabra, no es posible mostrar más afecto del que ha manifestado por mis intereses.»

«En cuanto á los de la República, me ha confesado creía la guerra inevitable y que no había que esperar ningún ajuste. Que César hacía tiempo que no contaba con él, de lo cual tenía una prueba reciente, porque Hircio, uno de sus confidentes más íntimos, había llegado á Roma el 6 de Diciembre por la tarde y no se había dejado ver de él, y que queriendo Balvo hablar á Scipión la mañana siguiente del negocio por que Hircio había venido, éste se escapó aquella misma noche, ya tarde. Pompeyo ve en esta circunstancia una señal cierta de que César quiere romper con él.»

«Finalmente, no me queda más que una esperanza, y es que un hombre á quien sus mismos enemigos ofrecen un segundo consulado y á quien la fortuna levanta tanto, no será tan imprudente que arriesgue todas sus ventajas. Pero si nada de esto le detiene, yo preveo una infinidad de horrores que no me atrevo á escribirte. El 3 de Enero cuento estar á las puertas de Roma.»

Cicerón tenía un escrúpulo que le daba mucho cuidado en aquella situación, y era que debía á César cierta cantidad de dinero, y no pudiendo pagársela, sin privarse del que tenía reservado para los gastos de su triunfo, le parecía cosa indecente y odiosa tomar partido contra uno que era su acreedor. En esta angustia recu-

rrió á Ático, el cual sin duda le sacó del apuro prestándole dinero para pagar, porque no se menciona más en sus cartas dicha deuda. Tampoco sabemos en qué tiempo ni con qué motivo la contrajo; pero naturalmente sería después de su destierro, cuando buscó dinero para restablecer sus haciendas y quintas.

En nueva conferencia que tuvo Pompeyo con Cicerón antes de que éste llegara á Roma procuró disipar sus miedos y quitarle las vanas esperanzas que alimentaba de la paz, porque éstas no servían más que para enfriar el celo de sus amigos y del Senado. Sin embargo, Cicerón conservaba esperanzas de ella y maduraba entre sí el proyecto que había formado de promoverla con todos sus esfuerzos. Se confirmaba en esta resolución cuando veía las disposiciones de los dos partidos; porque aquellos que se llamaban los buenos estaban desunidos, la mayor parte quejosos de Pompeyo, y no respiraban sino furor y violencia, ni hablaban más que de destruir y aniquilar á sus contrarios. Cicerón veía claramente, y lo decía sin embarazo á sus amigos, que á cualquiera parte que se inclinase la fortuna debía resultar un tirano. La única diversidad que preveía en las consecuencias de la victoria era que, obteniéndola los contrarios, se podía temer una proscripción, y si vencía el buen partido, Roma quedaría esclava. En esta inteligencia, no obstante el horror con que miraba la causa de César, decía ser menos malo concederle todas sus peticiones, que exponerle al trance de las armas. Una paz injusta le parecía preferible á una guerra justa; y, además, tenía por ridículo que habiéndose trabajado diez años en fortalecer á César, se pensase en abatirle cuando se le había puesto en estado de no poderle resistir.

Llegó Cicerón á Roma el 4 de Enero del año 704, saliendo á recibirle, como en otras ocasiones, multitud de ciudadanos que le aclamaron. La satisfacción que le

causaban aquellas muestras de afecto del pueblo se le aguaron con una noticia muy mala para él, que no temía tan presto. Ésta fué, que el mismo día de su llegada se encendió la discordia, ó por mejor decir, la guerra civil; habiendo el Senado hecho, aquella mañana, un decreto en que mandaba á César despidiese su ejército dentro de cierto término, bajo pena de ser declarado enemigo público. Dos de los tribunos, M. Antonio y Q. Casio, que intentaron oponerse, dieron motivo á aquella terrible resolución de los casos extremos con que el Senado encargaba la República á los Cónsules y demás magistrados; que era darles un poder sin límites contra los que juzgaban declarados enemigos. Por esto dichos dos tribunos y Curión se escaparon al campo de César, diciendo que no estaba segura su vida si se quedaban en la ciudad, no obstante que ninguna violencia se había intentado contra ellos.

Marco Antonio, que empezaba entonces á distinguirse, era de familia muy noble y antigua. Su abuelo, que había sido famoso por su mérito y elocuencia, perdió la vida en la proscripción de Mario y Cinna. Su padre al contrario, tuvo una conducta infame en todo, y en particular en la expedición en que murió, dejando fama del hombre más vicioso.

De estos dos ejemplos, el último fué el que se propuso el hijo por modelo. En su primera juventud se entregó á toda clase de vicios, y con gastos desatinados consumió todo su patrimonio aun antes de vestirse la toga viril. Su hermosa figura, la vivacidad de su espíritu y sus maneras atractivas enamoraron á Curión el joven de una manera increíble.

El padre de éste, hombre severo y virtuoso, había prohibido cien veces que tratase con Marco Antonio, y á éste el poner los pies en su casa, però ningún arbitrio bastó para hacerse obedecer. Su indulgencia le llevaba

á dar á su hijo cuanto dinero quería para sus diversiones. Se afligía, no obstante, de ver su mala conducta, y recurría á Cicerón para que con sus consejos y autoridad le corrigiese; pero aquel joven imprudente cada día se obstinaba más en la amistad de Antonio, hasta echarse á los pies de Cicerón para que intercediese por entrambos. Éste, que nunca se apartaba de la razón, aconsejó al padre que pagase las deudas del hijo á condición de apartarse absolutamente de la amistad de Antonio.

Un consejo tan prudente fué el principio y la causa de que Antonio se inclinase al partido contrario á Cicerón y de aquella enemistad con que le persiguió todo lo restante de su vida. Fortificó este odio el matrimonio de su madre, casada en segundas nupcias con Léntulo, el castigado con pena de muerte cuando la conjuración de Catilina, suceso que no sólo aumentó la malquerencia de Antonio á Cicerón, sino también le hizo partidario de las ideas más contrarias á las libertades públicas.

Perfeccionado en todos los vicios de Roma, comenzó el aprendizaje de la guerra con Gabinio, el más vicioso y corrompido de todos los generales romanos. Le confió éste un mando en la caballería; y como no le faltaba valor ni atrevimiento, se distinguió cuando fué restablecido el rey Tolomeo, comenzando su carrera militar por una expedición contraria al decreto del Senado, á la República y á la religión.

En vez de conseguir algún crédito con esta empresa, ó alguna ventaja para sus intereses, no se atrevió á presentarse en Roma por miedo á sus muchas deudas y acreedores, y fué á unirse con César en la Galia, que era el refugio regular de todos los perdidos por deudas y mala conducta, cuya única esperanza consistía en venderse á César y embrollar los negocios.

Pasado algún tiempo en aquella provincia, las libe-

ralidades de César y otros socorros que él se procuró hábilmente le permitieron volver á Roma para pretender la cuestura. César le recomendó mucho á Cicerón, confesándole, no obstante, sus faltas pasadas y prometiéndole que desde entonces seguiría mejor conducta, y Cicerón fué tan generoso que le perdonó todas las injurias que le había hecho. Tenía Antonio, en medio de sus vicios y desarreglos, noble modo de pensar, y quedó tan agradecido por éste y otros beneficios á Cicerón, que se declaró contra Clodio, á quien acometió un día en el Foro y le habría muerto á no haberse escondido éste, á pesar de su genio impetuoso, debajo de la escalera de la Tribuna. Gloriábase de la generosidad con que Cicerón le había tratado, y decía que si no le libertaba de aquel enemigo, cuanto hiciese por él no bastaría á borrar sus primeras ofensas.

Fué elegido cuestor, y al instante se olvidó de sus propósitos, yendo á unirse con César; sin aguardar el decreto del Senado. Con la misma ligereza malogró la única ocasión que tenía de reparar su fortuna, aprovechándose de los gajes que le produciría su empleo, pues al contrario, continuó gastando pródigamente, de manera que cuande volvió á Roma para pretender el tribunado estaba tan pobre como cuando partió de Egipto. Los nuevos gastos que hizo locamente en este empleo le forzaron á seguir el ejemplo de Curion, vendiéndose sin reserva á César, y por decirlo de una vez con las palabras de Cicerón, fué la verdadera causa de la guerra civil, como Elena de la de Troya.

No se puede, á lo menos, dudar que la fuga de Antonio fué el pretexto. Cicerón lo tenía pronosticado: «César tomará las armas — había escrito á Ático — porque se hayan despreciado sus peticiones, ó porque un tribuno parcial suyo, queriendo impedir las operaciones del Senado ó amotinar el pueblo, será apercebido, de-

puesto ó desterrado y, con pretexto de temer alguna violencia, se refugie en su ejército.»

En la misma carta explica en pocas palabras la justicia del partido que había resuelto seguir. «Nunca se ha visto — dice — impudencia igual. César quiere conservar un gobierno cuya continuación logró á fuerza de manejos y violencias. Llegó finalmente el término que su misma ambición había señalado, y cuando se trata de darle legítimamente sucesor, no quiere obedecer el decreto. Desea que le conserven sus imaginarios derechos y no respetar los de los otros, negándose á obedecer al Senado y al pueblo romano. Su proposición es ésta: *Si no hacéis todo cuanto yo quiero, preparaos á la guerra.* Muy bien — responde Pompeyo, — arriesguémonos á vencer ó á morir libres.»

Efectivamente, era claro para quien lo miraba sin pasión que la fuerza de César consistía más en el número y valor de sus tropas que en la justicia de su causa. Había reunido la mayor parte de ellas en las fronteras de Italia y las tenía prontas á marchar al momento. La retirada de los tribunos le suministró el pretexto que buscaba para comenzar, y dió á su causa una apariencia de justicia, puesto que el verdadero motivo era satisfacer su ambición. Supo, pues, aprovecharse de lo que la fortuna le ofrecía, y pasando resueltamente el Rubicón, entró en Italia á mano armada y de paso se apoderó de las ciudades de Rímini, Pesaro, Ancona, Arezo y otras.

Las grandes turbulencias que agitaban á Roma no habían impedido hasta entonces á Cicerón y sus amigos solicitar el decreto para su triunfo. El Senado se lo concedía; pero el cónsul Léntulo, queriendo hacerse en ello un mérito particular, había pedido se suspendiese por algunos días la formal proposición para evacuar algunos asuntos urgentes de la República, prometiendo

tomar por su cuenta los intereses de Cicerón y promoverlos con toda eficacia.

En esta situación estaban las cosas, cuando la imprevista irrupción de César desvaneció todo lo que no era miedo á sus armas. Un terror pánico se apoderó de todos los senadores, los cuales temblando, como si el enemigo entrara por las puertas de Roma, escaparon precipitadamente de la Ciudad para refugiarse en las comarcas meridionales de Italia. Los principales se encargaron de reunir cada uno en determinado distrito cuantas tropas pudiesen, con lo demás necesario para la defensa común. Cicerón fué destinado á Capua con el cargo de inspeccionar toda la costa hasta Formia, y si no lo tuvo mayor fué porque no lo quiso, á fin de no apartarse de Roma y estar más desembarazado para tratar de paz, que era todo su deseo. Viendo después que la ciudad de Capua no se podía defender sin guarnición mucho más fuerte de la que tenía, renunció su empleo y tomó el partido de esperar lo que diese el tiempo de sí. Capua, además de eso, era como una escuela de gladiadores, donde los ciudadanos poderosos de Roma hacían adiestrar bandas de ellos para las fiestas que solían dar al público, y César, entre otros, mantenía allí gran número de ellos con destino á servir en las fiestas de su triunfo. Estaban todos bien armados y, si se sublevaban, eran muy temibles en aquellas circunstancias. Pompeyo conoció el peligro y resolvió sacarlos del cuartel donde se albergaban juntos y distribuirlos de dos en dos por las casas de la ciudad.

Los partidarios de Pompeyo, que con espanto le veían abandonar á Roma al acercarse César, se consolaron algo con la llegada de Labieno, uno de los primeros generales del ejército enemigo, quien determinó de pronto dejar un partido que juzgaba no podía ya seguir sin deshonor. Este Labieno había adquirido extraordi-

había de convocar después de concluída la caza que estaba dando á Pompeyo. Él mismo se lo rogó escribiéndole una carta, en medio de las faenas de su marcha á Brindis, en la cual le decía: «El mayor gusto que puedes darme ahora, es el de volver á Roma, adonde yo pienso hallarme dentro de poco. Tus consejos, tu reputación, tu autoridad y tu auxilio, me podrán servir de mucho.»

A esta carta contestó Cicerón con otra, en que rogaba á César le dejara en situación de poder negociar la paz entre él y Pompeyo, que era á lo que aspiraba.

A la vuelta de Brindis visitó César á Cicerón en Formia, pidiéndole de nuevo que volviera á Roma y asistiese al Senado, pero no pudo conseguirlo, y menos que se declarara en favor de su causa.

Estando César en marcha para Roma, recibió una carta de Quinto, el sobrino de Cicerón, ofreciéndosele secretamente y prometiendo darle algunos avisos importantes acerca de su tío. Tan extraña promesa hizo que César le llamara al momento, y Quinto le refirió que su tío le era contrario y que pensaba huir de Italia para seguir á Pompeyo. Dicho joven temerario tenía por motivo para proceder tan malamente, algunas desazones domésticas, y sobre todo, la esperanza de un gran regalo de César. No se puede explicar lo que Cicerón y su hermano sintieron esta perfidia; pero César se aprovechó de ella para renovar sus instancias á Cicerón á fin de que no se declarase contra él, y procuró quitarle todos los temores que le podían quedar por las cosas pasadas, protestándole por escrito que no conservaba ningún rencor contra él por haberse negado á volver á Roma.

La conducta de Cicerón y el cuidado con que procuraba estar en las casas de campo más cercanas al mar, manifestaban claramente que sólo esperaba un viento favorable para embarcarse y seguir á Pompeyo. Cono-

Estas condiciones fueron aceptadas con mucho aplauso en un gran consejo que se tuvo en Capua, y al joven Lucio César, que las había llevado, se le despachó con una carta de Pompeyo en la cual añadía un solo artículo preliminar, y era que César retirase las guarniciones de las ciudades de que se había apoderado, para que el Senado pudiese volver sin recelo á Roma y arreglar todo lo restante con honor y libertad.

Cicerón, que asistió á aquel Consejo, escribió las circunstancias de él á Ático. «Llegué, dice, ayer veinticinco á Capua, donde hallé á los cónsules y un gran número de senadores. Todos desean que retire César sus tropas de las plazas de Italia, y en lo demás admiten las condiciones que propone. Únicamente Favonio ha sido de dictamen que las debíamos dar y no recibir de él, pero nadie ha hecho caso de su opinión. Catón dice que prefiere la servidumbre á la guerra civil. Sin embargo, añade que quiere asistir al Senado cuando se trate de lo que se ha de conceder á César luego que haya retirado sus tropas. De este modo no irá á Sicilia, donde sería muy útil, y asistirá al Senado, donde temo dañará. Póstumo, por otra parte, que tiene orden de ir luego á tomar el mando de Sicilia en lugar de Furfano, protesta que no quiere ir, si Catón no va con él; y como cree necesaria su presencia en el Senado, ha sido forzoso enviar á Fanio á Sicilia. En suma, aquí cada uno dice su cosa. Los más pretenden que César no observará lo pactado y que nos irá dando largas para que no nos preparemos. Yo, por mí, estoy persuadido de que retirará sus guarniciones. Haciéndole cónsul se saldrá con la suya, pero será con menor delito del que cometió con su entrada. Es forzoso pasar por todo lo que él quiera. Nos hallamos desprovistos de tropas y dinero, y abandonando á Roma, no sólo dejaríamos en sus manos los bienes de los particulares, sino el tesoro público.»

Al ver que se trataba de convenio, se lisonjeó Cicerón de que empezaba á mitigarse la animosidad de los dos partidos, pues el Senado conocía su debilidad, viéndose sorprendido sin preparativos y sin defensa, y César tendría que reflexionar algo sobre la temeridad de sus proyectos. No obstante aquellas apariencias de concordia, quedó el Senado con mucha desconfianza de que se cumpliese, notando que César para una comisión de tanta entidad había escogido un ministro de tan poca representación y edad como Lucio César. Tal diputado, ó significaba algún desprecio, ó acaso que César quería reservarse una salida para no cumplir el empeño cuando le conviniese, desmintiendo á su embajador. A lo menos parecía inconsecuencia no suspender ni un momento las hostilidades ni la marcha de las tropas, después de haber hecho voluntariamente proposiciones de paz.

A los pocos días se vió que estas sospechas eran fundadas y sus ofrecimientos de paz una comedia. No se dió por entendido de la carta de Pompeyo, y la razón que para este desprecio aparentaba era tan frívola, que descubría toda su intención por el poco cuidado puesto en disimularla. Tenía, sin embargo, dos motivos para haber abierto esta negociación: uno la aversión que conocía en Pompeyo á aceptar su tratado, la cual haría que le desechase, y con eso caería toda la culpa de la guerra civil sobre él; y otro que si lo aceptaba, emplearía tanto tiempo en deliberar que perdería el más precioso para hacer sus preparativos y retardaría su partida de Italia, y él entretanto, marchando con su ejército con una rapidez increíble, podía llegar muy bien á tiempo de impedir que se embarcase su enemigo, acabando así de un golpe con una guerra en la cual solamente la prontitud podía darle la victoria. «Veo muy bien, escribía Cicerón á Ático, aunque tarde, porque

me he confiado con exceso en las cartas y palabras de Balbo, veo, digo, que su idea es y ha sido siempre desde el principio quitar la vida á Pompeyo.»

Considerando el famoso paso del Rubicón, sin tener en cuenta su feliz éxito, resulta tan temerario, que no nos admirará le juzgase Pompeyo imposible y que suponiendo á César muy prudente, no debió creerle capaz de un hecho tan poco juicioso y tan arriesgado. Si no se tratase más que de la conquista de Italia, sus esperanzas habrían sido menos locas, por falta de fuerzas que pudiesen contrarrestar á un ejército como el suyo, que sin duda era el mejor del mundo, acostumbrado á vencer y entusiasmado por la gloria de su general. Pero en este ejército consistía todo el poder de César, sin quedarle otro recurso; de forma que la pérdida de una sola batalla le arruinaría del todo, y era evidente que había de dar muchas antes de conseguir su fin. Todo el imperio iba á armarse contra él. Cada provincia le ofrecía nuevos enemigos que combatir. Sus contrarios eran dueños de la mar, de suerte que no podía transportar sus fuerzas fuera de Italia sin exponerse al riesgo de encontrar una escuadra formidable que le destruyese, ni estar mucho tiempo en campaña sin sentir la falta de víveres y municiones. Pompeyo contaba tanto con esta última circunstancia, que la tenía por decisiva á su favor. Es de admirar que con tantas proporciones favorables, un tan gran general fuese tan desgraciado, y se ve que no fué la conducta sola, sino la fortuna quien dió el imperio del mundo á César por medio de tan grandes dificultades.

Cicerón jamás habla de su empresa sin caracterizarla de loca, y al mismo tiempo que le veía marchar con tanta rapidez, tenía esperanza de oír que de repente se había vuelto atrás, enfriándose su ímpetu. Pompeyo y el Senado pensaban del mismo modo, y confiados en

ello, se mostraban dispuestos á esperarle y á resistir. César, por su parte, podía creer que aquella aparente firmeza y valor que sus enemigos mostraban, venía de la falsa opinión que tenían de sus fuerzas y lisonjearse de que con aquel fundamento le esperarían para darle batalla, en cuyo caso tenía razón de prometerse la victoria. De esta manera, formando cada uno falsa idea de las miras de su contrario, pudieran muy bien pasar más adelante de lo que les convenía. Especialmente César debió creer que sus enemigos estaban determinados á combatir en Italia, pues no ignoraba tenían esta quimera en la cabeza. Pompeyo mismo la procuraba acreditar, no obstante que desde el principio había formado su plan y, conocida la necesidad de ausentarse de Italia, á nadie comunicaba su secreto; antes daba á entender lo contrario y escribía á Cicerón que dentro de pocos días contaba tener junto un fuerte ejército con el cual iría á buscar á César al Piceno y libertaría á Roma del miedo de la invasión. Con estudio publicaba un falso plan de campaña para ocultar el verdadero, y decía que su ánimo era ocupar los principales pasos, dividir sus fuerzas para dar que hacer por varias partes al enemigo y cortarle los víveres y forrajes á fin de apartarle de Roma hasta que llegasen Afranio, Petreyo y Varrón, que traían de España un ejército de veteranos capaz de acabar la guerra al primer encuentro.

Tan convencido estaba el Senado de estas ideas, que no figurándose pudiese Pompeyo abandonar la Italia prescindiendo de este excelente plan de campaña, encargó á Domicio la defensa de Corfinio, plaza muy fuerte al pie del Apenino, esperando que en ella, con tres legiones que mandaba, podría detener por mucho tiempo á César.

Disgustó mucho á Pompeyo esta resolución y ordenó á Domicio que inmediatamente se uniese á él, ad-

virtiéndole que estaba en un puesto donde con facilidad podría César cortarle la retirada. Pero obstinado Domicio en la persuasión de que Italia debía ser el centro de la guerra y de que Pompeyo no le abandonaría con un ejército compuesto de sus mejores amigos, no quiso moverse de situación tan ventajosa como era la de Corfinio. Contaba además ser socorrido, y cuando se vió sitiado escribió á Pompeyo que le parecía la cosa más fácil encerrar á César entre dos ejércitos.

Cicerón empezó á abrir los ojos y á combinar mil circunstancias que hasta entonces no había advertido su penetración. Nunca sospechó que pudiera llegar el caso de abandonar la Italia; pero cuando, por la conducta que tenía Pompeyo comenzó á penetrar sus designios, no pudo menos de manifestar su inquietud. Escribió á Ático pidiéndole dictamen para el partido que debía tomar, y por su carta se ve la agitación en que se hallaba. «Se trata, le decía, de resolver si deberé seguir á Pompeyo en caso que abandone la Italia, como presumo lo ejecutará, y para que te sea más fácil darme consejo te informaré de lo que me ocurre por una y otra parte. Cuando considero lo muy obligado que debo estar á este grande hombre, que es mi amigo, y que su causa es la causa de la República, me parece no tener acción para tomar otro partido ni correr otra fortuna que la suya. Añádese á esto que si me quedo en Italia, separándome de tantos ciudadanos y amigos distinguidos por sus virtudes y dignidades, será necesario que reconozca un señor. Éste, á la verdad, me da repetidas muestras de ser mi amigo, y yo, como sabes, he procurado que lo sea, previendo la tempestad que nos amenazaba. Pero me falta examinar si puedo fiarme enteramente de él, y si, aun cuando esté seguro de su amistad, puede un hombre de valor y un buen ciudadano sujetarse á vivir sumiso en una ciudad donde obtuvo las primeras dig-

nidades é hizo cosas dignas de mucha alabanza y donde actualmente se halla revestido de un sacerdocio sagrado á que se añade el peligro de sufrir alguna afrenta, si Pompeyo llegase á restablecer la República.

»Estas son las razones que hay por una parte; atiende á las que militan por otra.

»Hasta ahora Pompeyo no ha ejecutado cosa en que muestre prudencia y resolución, y añado que nada sino lo contrario á lo que yo le aconsejo. Si vuelvo los ojos atrás, veo que él es quien ha dado á César las armas y el poder que hoy mueve contra la República; él quien le ha enseñado á hacer aprobar leyes con la fuerza y sin atender á los auspicios; quien añadió á su gobierno la Galia Transalpina; quien buscó su parentesco; quien hizo las funciones de augur en la adopción de Clodio; quien trabajó para restablecerme y no para impedir mi destierro; quien ha hecho prorrogar á César el mando de su provincia, y quien le ha ayudado para todo. En su tercer consulado, después que comenzó á ostentarse mantenedor de la República, procuró que los diez tribunos propusiesen la habilitación de César para pedir el consulado sin venir á Roma, y lo hizo confirmar por una ley, oponiéndose á la proposición de M. Marcerlo, que quería se nombrase nuevo gobernador de las Galias.

»Pero sin detenerme más en estas cosas, ¿dónde se ha visto un plan más indigno ni más desconcertado que esta retirada, ó por mejor decir, fuga vergonzosa? Todo se debía tentar antes que abandonar la patria. Las condiciones que nos proponían eran duras, lo confieso, más de ninguna manera podíamos estar peor de lo que estamos. Dirán que Pompeyo restablecerá las cosas; pero, ¿cuándo y cómo las restablecerá?, ¿qué medidas toma para lograrlo? Ya hemos perdido el Piceno; el enemigo tiene libre el camino de Roma; le hemos abandonado todos los bienes de los particulares y todo el dinero que

había en el Tesoro. En suma, estamos sin tomar alguna resolución, sin tropas y sin haber señalado punto de reunión donde se junten los bien intencionados. Nos hemos retirado á la Pulla, que es la provincia más débil de Italia y la más remota del ímpetu de esta guerra, como para declarar que, no quedándonos ya esperanza, buscamos la fuga y la orilla del mar para ejecutarla.»

En otra carta dice: «Ya no falta más á Pompeyo para acabar de perder la reputación, que no dar socorro á Domicio. Todos creen que se le dará, y solo yo estoy persuadido de lo contrario. En efecto; no es concebible que abandone á un hombre de tanta importancia y á tantas personas de la primera distinción que están con él, mayormente teniendo consigo treinta cohortes; pero verás cómo le abandona ó me engañan todas las apariencias. El miedo se ha apoderado de él, y sólo piensa en escapar. Conozco que tú juzgas debo seguirle, pero yo veo muy bien con quien no me conviene estar y no á quien debo seguir. Dije que preferiría el ser vencido con Pompeyo á vencer con César, y mereció tu elogio este modo de pensar, que me hacía mucho honor. No he mudado de dictamen; pero yo hablaba de un Pompeyo como era entonces ó á mí me lo parecía, y no de un hombre que huye sin saber por qué ni como; que ha abandonado nuestros bienes; que desampara á Roma y se prepara á desamparar la Italia. Y si yo prefería ser vencido con él, ya llegó el caso: vencido estoy.»

En medio de tantos cuidados, tenía César el de persuadir á Cicerón se mantuviese neutral; porque no esperaba conseguir se declarase en su favor. Sobre esto le escribió varias cartas é hizo que sus amigos le escribieran otras muchas. Algunos creyeron haberle ya persuadido porque le veían mantenerse apartado de Pompeyo, y con eso doblaron las instancias para inducirle á que volviese á Roma y asistiese al Senado que César

había de convocar después de concluída la caza que estaba dando á Pompeyo. Él mismo se lo rogó escribiéndole una carta, en medio de las faenas de su marcha á Brindis, en la cual le decía: «El mayor gusto que puedes darme ahora, es el de volver á Roma, adonde yo pienso hallarme dentro de poco. Tus consejos, tu reputación, tu autoridad y tu auxilio, me podrán servir de mucho.»

A esta carta contestó Cicerón con otra, en que rogaba á César le dejara en situación de poder negociar la paz entre él y Pompeyo, que era á lo que aspiraba.

A la vuelta de Brindis visitó César á Cicerón en Formia, pidiéndole de nuevo que volviera á Roma y asistiese al Senado, pero no pudo conseguirlo, y menos que se declarara en favor de su causa.

Estando César en marcha para Roma, recibió una carta de Quinto, el sobrino de Cicerón, ofreciéndosele secretamente y prometiendo darle algunos avisos importantes acerca de su tío. Tan extraña promesa hizo que César le llamara al momento, y Quinto le refirió que su tío le era contrario y que pensaba huir de Italia para seguir á Pompeyo. Dicho joven temerario tenía por motivo para proceder tan malamente, algunas desazones domésticas, y sobre todo, la esperanza de un gran regalo de César. No se puede explicar lo que Cicerón y su hermano sintieron esta perfidia; pero César se aprovechó de ella para renovar sus instancias á Cicerón á fin de que no se declarase contra él, y procuró quitarle todos los temores que le podían quedar por las cosas pasadas, protestándole por escrito que no conservaba ningún rencor contra él por haberse negado á volver á Roma.

La conducta de Cicerón y el cuidado con que procuraba estar en las casas de campo más cercanas al mar, manifestaban claramente que sólo esperaba un viento favorable para embarcarse y seguir á Pompeyo. Cono-

ciéndolo César, le escribió de nuevo para ver si podía detenerle, y las instancias que le hizo no podían ser mayores. También al mismo tiempo, y con el mismo objeto, le escribió Marco Antonio, á quien César había encargado el gobierno de Italia durante su ausencia. Igualmente lo hizo Celio y viendo por su respuesta que realmente pensaba seguir á Pompeyo, volvió á escribirle con expresiones tales, que creyó á lo menos vencerle metiéndole miedo.

Al fin decidió Cicerón seguir á Pompeyo, no obstante ver á las claras que éste, como César, guerreaban por reinar; pero juzgaba que, de los dos, Pompeyo sería el más humano, aunque pronosticaba usaría de la victoria al modo de Sila, derramando mucha sangre, y también creía que, si quedase vencido, perecería con él la República. Con estas consideraciones se hizo á la vela el 11 de Junio, llegando felizmente al campo de Pompeyo con su hijo, su hermano y su sobrino.

Habiendo abrazado el partido de la guerra con repugnancia, halló en el modo de seguirla infinitas cosas que aumentaron su disgusto. Desaprobaba igualmente las operaciones proyectadas y las ya puestas en ejecución, y nada le satisfacía sino el motivo de la misma guerra. Desde el primer día conoció que Pompeyo y sus amigos se perdían por seguir y dar malos consejos. La demasiada opinión y confianza que tenían en su caudillo y en los socorros que enviaban los príncipes de Oriente les hacían contar la victoria por tan segura, que no hablaban sino de pelear, no contando con el enemigo con quien las habían, ni con la diferencia de tropas á tropas. Cicerón se propuso moderar aquella presunción representándoles las vicisitudes de la guerra, las fuerzas y talento de su enemigo, y la probabilidad de ser vencidos si empeñaban temerariamente una batalla; pero sus representaciones fueron vanas, y sólo consiguió ser

tratado de visionario y cobarde. Esto le hizo conocer su imprudencia en abrazar un partido tan temerario, y al mismo tiempo Catón condenaba que hubiese abandonado la Italia, donde con su presencia habría podido facilitar algún ajuste. La desaprobación de un hombre como aquél aumentó infinito su disgusto.

Las esperanzas de paz se desvanecieron completamente aun en el ánimo de Ciceron, el cual volvió á aconsejar á Pompeyo que prolongase la guerra y no se expusiese al riesgo de una batalla. Sus razones fueron escuchadas y atendidas durante algún tiempo; pero el asomo de prosperidad que Pompeyo tuvo en Dirrachio, donde fué rechazado César, le inspiró tal desprecio de éste y tanta confianza en sus tropas, que la loca presunción le arrastró á la ruina, cuando, si hubiera seguido los consejos de Cicerón, la de su enemigo era inevitable. Su escuadra le podía interceptar todo el socorro por mar; por tierra le habría estrechado aun más, dificultándole con un ejército superior en número las marchas y subsistencias, mayormente después de la desgracia de Dirrachio, pues César no habría hallado en los pueblos la menor voluntad de darle socorro. La abatida situación de César fué causa de su fortuna; porque los pompeyanos se figuraban tan segura la victoria, que la impaciencia de combatir se apoderó de todos y cegó aun al mismo Pompeyo, precipitándole á dar la fatal y memorable batalla de Farsalia. Cicerón dice que Pompeyo se dejó llevar en esta ocasión de otro motivo diferente. Era en extremo supersticioso y crédulo de agüeros y presagios, y habiendo hecho consultar auspicios por todas partes, todas las respuestas, como era natural, le vinieron favorables, y así desde entonces creyó asegurada su fortuna.

Sin embargo, debemos convenir en que el papel que hacía en esta guerra era extremadamente difícil, por.

que no podía obrar con tanta libertad como en las demás que había sostenido conduciéndose por sus propias luces. Tenía en su campo la mayor parte de los magistrados y senadores, entre quienes había muchos que no le eran inferiores en dignidad, y como él, habían mandado ejércitos y conseguido triunfos, los cuales exigían no sólo saber todo lo que pasaba y asistir á todos los consejos, sino que en el común peligro no se hiciese nada sin su aprobación. Además de esto, como no dependían de él más que por elección de partido, exigían una absoluta condescendencia y estaban dispuestos á abandonarle al menor disgusto que se les diese.

Estos mismos ciudadanos estaban ya cansados de aquella situación y deseaban con impaciencia volver á Roma á gozar de sus riquezas, comodidades y honores. El gran número de sus tropas y la opinión que tenían de Pompeyo les hacían contar con la victoria por segura, y anhelaban se diese una batalla decisiva, sospechando que su jefe la difería por conservar más tiempo el mando y la autoridad, y le acusaban de gustar, como Agamenón, ver bajo sus órdenes gran número de generales y reyes. Finalmente, el disgusto de estar siempre sujeto á semejantes quejas le determinó contra su propia inclinación y parecer, á probar la fortuna de una acción decisiva.

César conocía perfectamente el carácter y la situación de Pompeyo, y sabía muy bien que no toleraría se pensase que su lentitud era temor, y como anhelaba empeñarle á dar batalla, se exponía algunas veces con tan poca prudencia, que pecaba de temeridad.

Los que se hagan cargo de esto y reflexionen el sitio que puso á Dirrachio, siendo el enemigo dueño del mar, de donde podía recibir víveres y socorros en abundancia, y la empresa de bloquear una plaza tan extendida con un ejército menor que el que había dentro, juzga-

rán á César un acometedor feroz y extravagante. Efectivamente, él mismo conoció que era inútil cuanto había para forzar al enemigo á combatir fuera de los muros, y abandonó un proyecto que le hubiera destruído infaliblemente en el caso de obstinarse en él.

A esto se debe añadir, que mientras Pompeyo se mantuvo atrincherado ó encerrado en sus muros, César no pudo conseguir la menor ventaja sobre él, no obstante el valor de sus legiones veteranas, endurecidas y amaestradas en la guerra de las Galias y el vigor y gran talento de su jefe. En el sitio de Brindis nada pudo tampoco adelantar hasta el momento en que Pompeyo embarcó sus tropas, y en Dirrachio, la única vez que le obligó á combatir, tuvo pérdida considerable.

Hasta entonces se condujo Pompeyo como gran capitán, defendiéndose con las fortificaciones de un ejército al que no podía resistir en campo raso, pues la mayor ciencia de un general consiste en conocer bien sus propias fuerzas. Pompeyo, con la ayuda de sus trincheras y fortificaciones, hizo que sus nuevos reclutas resistiesen á los veteranos de César; pero cuando se determinó á pelear á pecho descubierto, perdió toda la ventaja que tenía «porque abandonó, dice Cicerón, sus propias armas que eran la prudencia, el consejo y la razón, y confió su suerte á las espadas y á la fuerza, en que sus contrarios eran muy superiores».

Cicerón no se halló en la batalla de Farsalia, habiéndose quedado en Dirrachio enfermo de cuerpo y espíritu, porque el ver tomar tan mal semblante los negocios de su partido y el no ser escuchados sus consejos le habían causado tal hipocondría y tal postración de fuerzas, que no pudo admitir ningún cargo; pero prometió á Pompeyo seguirle luego que su salud se lo permitiese, y para prueba de su sinceridad le dió en prenda á su hijo, el cual, no obstante su tierna edad, se distinguió

mucho al frente de un escuadrón de caballería que Pompeyo puso á su mando. Catón estaba también en el campo de Dirrachio con quince cohortes que mandaba, cuando Labieno le llevó la noticia de la derrota de Farsalia. En la primera turbación de un suceso tan funesto, Catón ofreció á Ciceron el mando de aquellas tropas, como superior á él en grado; pero éste lo rehusó constantemente, lo que excitó tanta cólera en el hijo de Pompeyo, que, según Plutarco, sacó la espada y le hubiera atravesado, á no haberse puesto Catón de por medio. No se halla la menor noticia de este caso en los escritos de Cicerón, á no quererlo interpretar de un paso del discurso por Marcelo, donde dice que en medio del furor de la misma guerra había siempre predicado la paz, sin embargo del riesgo á que había visto expuesta su vida.

Cicerón resolvió que la catástrofe de Farsalia, á la que no veía remedio alguno, fuese para él el fin de una guerra que detestaba. Exhortó á sus amigos á que siguieran su ejemplo, representándoles que, pues no habían podido vencer á César con todas sus fuerzas enteras, no debían prometerse mejor fortuna cuando las habían perdido. Acabadas así sus esperanzas, y aburrido de una campaña tan miserable, de la cual no había sacado más fruto que disgustos y pesares continuos, con la ruina de su salud, tomó el partido de rendirse y entregarse al vencedor.

Embarcóse Cicerón para volver á Italia, y llegó á Brindis hacia el fin de Octubre; pero apenas tomó tierra, cuando le vinieron á la memoria muchas reflexiones que le agitaron el corazón. Vió que había abandonado la guerra antes de acabarse, y que para volver no había esperado el consentimiento de César. Conoció que había procedido atropelladamente, y no sabía cuánto se podía fiar de la clemencia del vencedor. De cualquier forma, su dignidad padecía mucho, y sobre todo, no po-

día adivinar si en tiempo de tanto desorden y turbación los secuaces de César en Italia usarían con él la misma humanidad que su jefe, ni si los soldados que encontrase le harían algún insulto, viéndole andar con fasces y laureles. Por otra parte, el suprimir estas insignias de su dignidad era envilecerla, disminuir el honor que le había conferido el pueblo romano y reconocer un poderío superior á las leyes. Todas estas inquietudes se le aumentaron mucho con una carta que le envió Marco Antonio, gobernador de Italia en ausencia de César, dándole á entender que era necesario se fuese de allí, pues César, por haber sabido que Catón y Metelo estaban en Roma, donde se dejaban ver públicamente, le había prevenido en la carta de que le incluía copia que no permitiese á nadie entrar en Italia sin que trajese un permiso firmado de su mano. Con esto Antonio, pidiendo mil perdones á Cicerón, le notificaba ser preciso obedecer la orden de César. Cicerón le envió luego á decir con L. Lamia que, por encargo de César, le había escrito Dolabela diciendole podía venir á Italia libremente, y que en esta confianza había venido. Antonio publicó poco después un edicto prohibiendo á todos los partidarios de Pompeyo permanecer en Italia, excepto Cicerón, á quien de propósito nombraba en el edicto, y esto le mortificó mucho, porque lo que él quería era solamente que disimulasen ó, como decimos, que hiciesen la vista gorda con él, dejándole vivir tranquilo y retirado, sin distinguirle de ninguno de los de su bando.

Para mayor aumento de desgracias, recibió también nuevos pesares de su propia familia. Su hermano Quinto con su hijo, habiéndose salvado en la batalla de Farsalia, fueron á Asia á echarse á los pies de César; y como Quinto había sido su teniente en las Galias y siempre había recibido de él los mayores beneficios y pruebas de amistad, debía con mucha razón temer su

resentimiento. Para minorar su tacha de ingratitud, y lograr indulto más fácilmente, echó todas las culpas á su hermano, y, lo que es peor, procuró ridiculizarle en sus discursos y en las cartas que escribió á César; de suerte que, si en esto no hay algo de exageración, su conducta fué inhumana. Cicerón lo supo por muchas partes, y hubo quien le avisó que su sobrino había partido delante por orden de su padre con un discurso estudiado contra su tío, que debía pronunciar en presencia de César. De todos los pesares que afligían á Cicerón, ninguno le fué tan sensible como éste. Sin embargo de lo poco que fiaba de César y de los malos oficios que sabía le hacían con él sus enemigos, su mayor cuidado era el peligro de su hermano y sobrino, cuyo carácter fogoso y arrojado podía causar á sí mismos más daños que á él. Pero no obstante los grandes motivos que tenía para estar irritado contra ellos, su corazón no los podía aborrecer, y por eso obraba muy diversamente. Habiendo sabido que César en conversación había acusado á Quinto de ser el autor de que toda su familia siguiese el partido de Pompeyo, le escribió al instante en los términos siguientes :

«Aunque me intereso por mi hermano Quinto, no menos que por mí propio, no me atrevo á recomendártele en las circunstancias presentes. Lo más á que me arriesgo es á suplicarte, como lo ejecuto, creas que hizo cuanto le fué posible para persuadirme conservase tu buena correspondencia y amistad, y que no me determiné á salir de Italia por instigación suya ni para esto me sirvió de guía; antes él no hizo más que seguirme. Espero que tu bondad y la confianza que ha habido tanto tiempo entre vosotros hablarán en favor suyo en esta ocasión. A lo menos te pido con toda mi eficacia que no padezca ni le condenes por lo que es sola culpa mía.»

Otro embarazo doméstico afligía además á Cicerón,

del cual no era fácil salir sin el auxilio de Ático. Se hallaba absolutamente sin dinero, y la confusión de los negocios era tal, que nadie prestaba ni quería comprar ninguna cosa. La suma que adelantó á Pompeyo cuando fué á unírsele en Dirrachio, y la mala administración de su mujer, que abandonaba el cuidado de la casa á criados que la engañaban, le redujeron á tal estrechez, que no tenía con qué hacer el gasto diario. En este apuro recurrió á la generosidad experimentada de Ático, su amigo, el cual miró como fortuna el poderle socorrer.

No acabaron aquí sus trabajos : su yerno Dolabela le procuró uno nuevo con la temeridad natural de su carácter. Se le puso en la cabeza obtener aquel año el tribunado por medio de cierta adopción en una familia plebeya, y sus intrigas, apoyadas por la autoridad de César, le facilitaron vencer infinidad de obstáculos. El primer uso que hizo de su poder fué excitar nuevas turbulencias renovando la ley que abolía todos los débitos. Varios magistrados, ambiciosos ó arruinados, habían intentado lo mismo, pero se les opusieron los hombres de bien y de honor, y particularmente Cicerón, que miraba semejante empresa como la ruina del Estado. Partiendo de este principio, no es maravilla se desahogase de su pesar con su amigo Ático, pintándole la conducta de su yerno como una de sus mayores desgracias. Dolabela, no obstante, procedía forzado de la necesidad de su situación más que de inclinación natural. Su casa estaba en tal desorden, que durante su ausencia, su mujer Tulia se vió en la precisión de trasladarse á casa de su padre para poder comer. Por otra parte, éste aun no había acabado de pagar la dote de su hija, porque, haciéndose el pago en tres plazos, señalados por la ley, había solamente satisfecho los dos primeros y no el último, por las estrecheces en que se hallaba. Junto esto á la diferencia de genios entre Dolabela y Cicerón, acabaron

de refir enteramente, y se siguió el divorcio de Tulia. No se sabe si le intentó ella ó su marido, porque los documentos que tenemos para decidirlo son muy confusos.

En Brindis supo Cicerón la muerte de Pompeyo. Parece que le sorprendió poco, según una breve reflexión que se halla en una de sus cartas sobre tan funesto acontecimiento: «Nunca dudé, dice, que el fin de su vida fuese trágico. El estado infeliz de su fortuna era tan desesperado, y ha debido hacer tal impresión á todos los reyes y repúblicas, que en cualquier parte adonde se hubiese retirado creo le habría sucedido igual desgracia. Yo, sin embargo, lloro su pérdida, porque le tuve siempre por hombre recto, moderado y juicioso.»

Luego que se supo la muerte de Pompeyo, fué nombrado César dictador por segunda vez, no obstante su ausencia, y Marco Antonio general de la caballería. Cicerón continuaba en Brindis, pero en una situación tan violenta, que le parecía peor que mil muertes. El aire malsano de la ciudad alteraba su salud y oprimía su espíritu. La prudencia le prohibía acercarse á Roma sin permiso de sus nuevos señores, y Marco Antonio, que gobernaba despóticamente Italia como favorito insolente, mostraba gusto en mortificarle. Todas sus esperanzas se fundaban en César, y por eso no quería apartarse de allí para hacerse mérito de recibirle á su desembarco; pero como tampoco estaba seguro de la disposición en que vendría, no le era posible dormir tranquilo, pues aunque sus amigos le daban grandes esperanzas de la clemencia del vencedor, no había recibido ninguna seguridad ni noticia directa de él. César tenía tantos quehaceres en Egipto, que desde Diciembre hasta Junio no había hallado tiempo para escribir ni una sola carta á Italia. De esta manera se hallaba Cicerón en un estado tan embarazoso, que se avergonzaba de hablar

de él en sus cartas y pedía por favor á sus amigos no le humillasen con sus reconvenciones.

Scipión, Catón y Labieno, reunieron en África las reliquias dispersas de las tropas republicanas, á las cuales unieron después Afranio y Petreyo las del ejército de España. Todas estas fuerzas unidas eran tan considerables y superiores á las de César, que los jefes hablaban de pasar á Italia antes que aquél volviese de Egipto. Esta voz se había esparcido ya y, en caso de verificarse, Cicerón podía temer ser tratado como desertor, pues si César contaba por amigos á todos los que no se declaraban contra él y perdonaba generosamente á los enemigos que se le sometían, los otros habían hecho publicar que tendrían por enemigos á cuantos no se presentasen en su ejército. En esta situación, no podía desear Cicerón otra cosa que la paz ó la victoria de César. La primera no era verosímil, y así se veía en la triste y dura necesidad de desear la fortuna de un partido que siempre había detestado.

Por otra parte, sabía que en Roma se murmuraba mucho de él, y que las gentes de bien no le perdonaban que se hubiese rendido con tanta facilidad al vencedor. Algunos le condenaban porque no había seguido á Pompeyo; otros porque no había ido á África, y muchos querían que se hubiese retirado á Acaya, como diferentes buenos ciudadanos que esperaban allí el éxito de aquella guerra, y ver por quién se declaraba la fortuna. Como lo que más fuerza le hacía era la opinión que pudieran tener de él los hombres de juicio, sentía perder su estimación, y así rogó encarecidamente á Ático le defendiese sugiriéndole algunas especies que podía alegar para excusarle. «Opinan, le escribe, que he hecho mal en no seguir á Pompeyo, pero la imprudencia y funestos efectos de su última resolución parece que me excusan bastante. Si pretenden que yo pase al Africa,

les responderé que no creo pueda ser bien defendida la República por una nación bárbara y engañosa. En fin, si quieren que me retire á Acaya, confesaré que los que lo han hecho se hallan harto mejor que yo, porque á lo menos, están juntos muchos hombres de bien, y cuando vuelvan á Italia, vendrán á sus casas en derechura. No dejes de fortificar estas razones y de esparcir las cuanto puedas.»

Mientras estaba en estas aficciones, algunos amigos residentes en Roma pensaron consolarle escribiéndole una carta á nombre de César con fecha de Alejandría el 9 de Febrero, en la cual le exhortaba á que desechase todos sus miedos y estuviese seguro de su amistad; pero los términos eran tan generales que luego sospechó ser fingida, como supo después que, en efecto, lo era y que la habían escrito Opio y Balbo, con el fin de animarle y darle algún consuelo.

No cabía la menor duda en que César se hacía admirar por su clemencia y moderación perdonando á cuantos se le presentaban.

Sin embargo de la distancia, no se olvidó de Cicerón, haciéndole entregar por medio de Balbo las cartas injuriosas de su hermano, como una prueba de su afecto y buena fe, y del horror con que miraba la perfidia de Quinto. Pero es bien extraño que Cicerón, en vez de interpretar favorablemente este paso, desconfiase de la facilidad de César en perdonar, y que tomase aquel exceso de clemencia por una política refinada que reservaba la venganza para mejor ocasión. En cuanto á las cartas de su hermano, creyó también que César las había remitido á Balbo, no porque las desaprobaba, sino para que se publicase su vergüenza. Estas negras ideas, nacidas de su inquietud y tristeza, se disiparon finalmente con una carta de César en que con las expresiones más cariñosas le confirmaba en la posesión de su

dignidad con la libertad de volver á usar sus fasces y lictores. En efecto; se vió que el ánimo de César era tan grande, que no hizo caso de los chismes de Quinto y de su hijo, y lejos de haber gustado de su conducta, si les perdonó, fué por respeto á Cicerón. Por eso Quinto mudó luego de lenguaje, pues habiendo descubierto la inclinación de César, escribió á su hermano dándole la enhorabuena por haber recuperado su fortuna.

La noticia de que César había desembarcado en Tarento fué como la señal de su libertad; pero cualquiera, sin que él lo confesase en sus cartas, conocerá que se debió hallar bastante confuso al presentarse al vencedor, contra el que había militado, pues aunque no dudaba que sería bien recibido, «no sabía, dice él mismo, si la gracia de la vida que se le concedía valía la pena de obtenerla de uno que un momento después era dueño de quitársela.» Por fortuna, cuando se encontraron, no sucedió cosa que pudiese humillar á Cicerón. Luego que César le vió se apeó y corrió á abrazarle y continuaron después el camino hablando con la mayor familiaridad.

Regresó Cicerón á Roma con propósito de dedicarse al estudio y esperar en una tranquila ocupación que la República volviese á tomar un estado tolerable. Escribiendo á Varrón, le dice: «Al fin he hecho paz con mis antiguos amigos los libros, los cuales me perdonan haya olvidado sus preceptos y me dicen que tú fuiste más prudente que yo en no haberlos abandonado.» En este retiro compuso Cicerón su tratado de *Las particiones*, esto es, del arte de componer un discurso con tal método, que todas las partes respondan al objeto principal de mover el ánimo y convencer la razón. Hizo esta obra para instrucción de su hijo, que ya tenía entonces diez y ocho años. Parece que no la compuso con el propósito de publicarla, pues en sus cartas no la

menciona entre las que destinaba al público, y acaso sea proyecto para composición más extensa.

A este mismo ocio debemos el *Diálogo de los famosos oradores*, que publicó con el título de *Bruto*, en el cual pinta el carácter de todos los oradores que habían tenido alguna reputación en Roma ó en Grecia, refiriendo las principales circunstancias de sus vidas, con lo que nos da el compendio más curioso que se puede imaginar de la historia romana. Este libro debía servir de complemento al del orador que ya había publicado.

La tranquilidad en que vivía por su apartamiento de los negocios políticos le facilitó cuidar de los suyos domésticos, en los que descubrió tales cosas, que le obligaron á divorciarse de su mujer Terencia. Este paso no mereció la aprobación de todos, porque no parecía justo separarse de una esposa con quien había vivido más de treinta años, y de la cual tenía dos hijos que amaba tiernamente. Pero Terencia era de un genio áspero é imperioso, gastadora, chismosa, intrigante y amiga de mezclarse en negocios ajenos, y cuando Cicerón manejaba la República, era ella la que disponía de todas las gracias. Él había sufrido con paciencia todos sus caprichos mientras su edad y su fortuna estuvieron florecientes; pero los años, los achaques, las desgracias y la necesidad de vivir tranquilo en su casa, le obligaron á quitarse aquel peso de encima, porque ya no tenía fuerzas para llevarle. No siendo á Cicerón cosa fácil devolver á Terencia su rico dote, como era forzoso, tuvo que pensar en un nuevo matrimonio, también con mujer rica, que reparase las pérdidas del primero, y lo contrajo con una bella joven rica y noble, llamada Publilia, de quien era tutor.

No podía dudar César del horror que á Cicerón inspiraba su usurpación; pero la amistad que le tenía y el respeto de que era merecedor un hombre tan grande, le

hicieron tomar el partido de tratarle con toda consideración, para suavizar su disgusto, y de contribuir con todo su poder á que viviese contento cuanto fuese posible. A pesar de lo que hizo con esta mira, sólo pudo conseguir de Cicerón que hablase bien de su clemencia y que conservase alguna esperanza del restablecimiento de la libertad. Fuera de esto, trató siempre su gobierno de tiranía, y miró su persona como la de un enemigo y opresor de su patria.

Dió de ello una prueba muy señalada haciendo en aquellas circunstancias el elogio de Catón y teniendo el valor de darlo á luz pocos meses después de su muerte. El público recibió esta obra con aplauso extraordinario. El mismo César no se ofendió, antes mostró gustarle mucho; pero dijo quería impugnarla. Entretanto ordenó á Hircio que hiciese un escrito en forma de carta exponiendo varias objeciones contra Catón; pero Hircio trató á Cicerón con mucha cortesanía y respeto, y en cuanto al elogio, dijo que se impugnaría más ampliamente en la obra que estaba escribiendo César. Ésta no se publicó hasta el año siguiente, cuando César volvió de España después de vencer á los hijos de Pompeyo. En ella refutaba punto por punto lo dicho en pro de Catón, pero elogiando á Cicerón hasta compararle, por sus virtudes y habilidad, á los Pericles y Teramenes.

Esta disputa literaria hizo mucho ruido en Roma, y las obras de los dos competidores fueron admiradas de todos; pero cada uno daba la preferencia al que le inclinaba su afición ó su interés. De aquí procede el principal motivo de la veneración extraordinaria que hasta en nuestros días se tributa á la memoria de Catón.

Cicerón emprendió después, á ruegos de Bruto, la obra que intituló *El Orador*, en la que dió la idea más perfecta de la elocuencia ó arte de hablar. Llama á esta

obra la quinta de las que había compuesto sobre el mismo asunto, contando los tres libros del *Tratado del Orador* por los primeros, y el *Bruto* por el cuarto. El aplauso con que se recibió este libro fué muy grande, y correspondió á la idea que él mismo había concebido.

Hacia el mismo tiempo pronunció el siguiente famoso discurso dando gracias á César por haber perdonado á Marco Marcelo. Aunque casi todos los senadores intercedieron á favor de Marcelo, César quiso que cada uno dijera su parecer. Sin duda quiso oír los elogios que se le tributaran, ó tal vez ver cómo se explicaba Cicerón, empeñándole á que no pudiese excusarse de decir en público su parecer. En efecto, lo consiguió perfectamente, porque la generosidad y grandeza de ánimo con que perdonó á Marcelo se imprimieron de tal modo en el pecho de Cicerón, que en el éxtasis de su reconocimiento de ver salvado un amigo, prorrumpió en un discurso que, por la elegancia del estilo, la vivacidad de sus conceptos y la fineza de las expresiones, es muy superior á cuanto nos ha quedado de los antiguos en este género. Las alabanzas á César son, sin embargo, tan exageradas, que algunos dudan de la sinceridad del orador; pero se debe advertir que hablando más en su nombre que en el del Senado, y pidiendo su asunto todas las flores de la elocuencia, sus exageraciones se fundaban en el supuesto de que César al fin restablecería la República. Su esperanza le parecía tan segura, que hablaba de ella francamente en sus cartas á los mismos amigos de César.